

ZOCOS, 3

LONDRES

Edición original: *Londres, suivi de Le nouveau Londres*, Paul Morand, Éditions Plon, 1962 y 1990. Para esta edición, Gallimard, 2013.

© de las fotografías, Bishogate Institute

© de la portada, collage Javier Fornieles Ten

© de la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© de esta edición: Confluencias, 2016

Corrección ortotipográfica: María del Mar Domínguez Álvarez

Maquetación y diseño: Rodrigo Sepúlveda Cebrían

Impreso en Kadmos, Salamanca, España

ISBN: 978-84-944761-8-1

Depósito Legal: AL 230-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

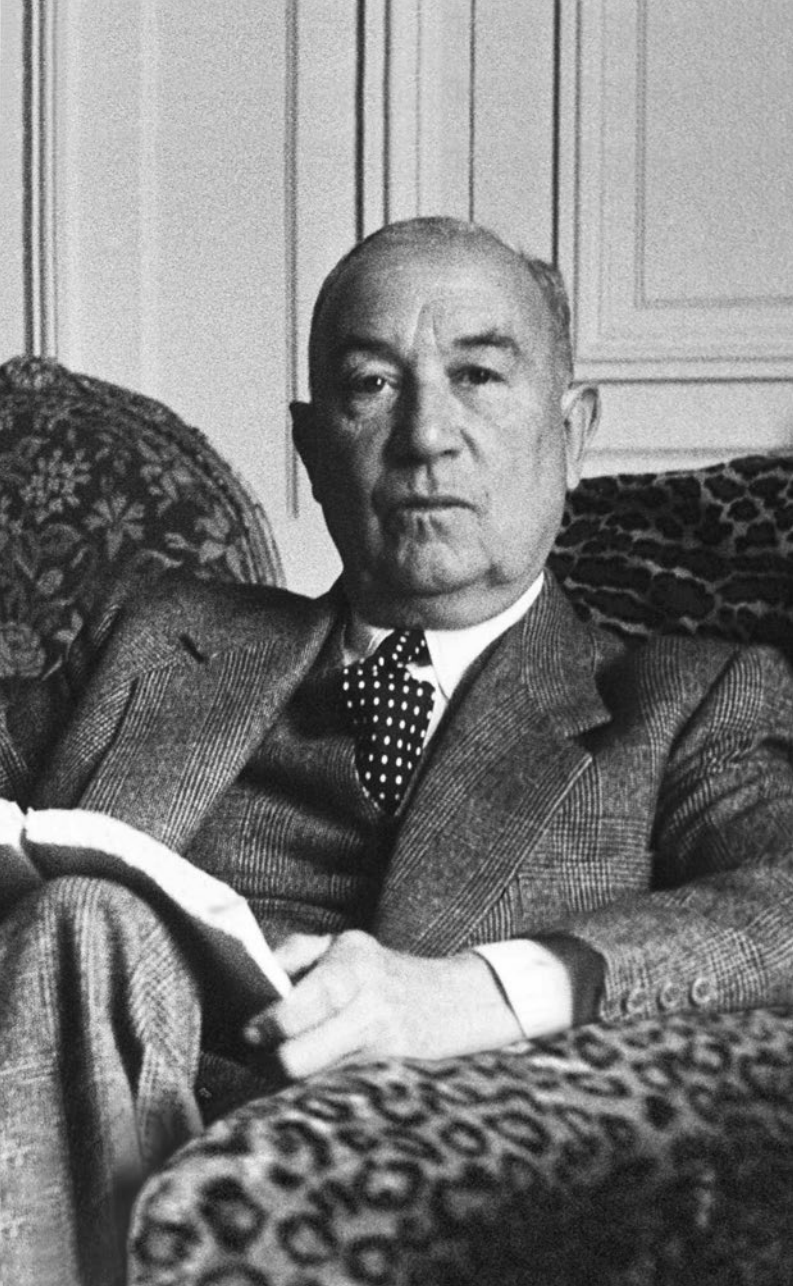
PAUL MORAND

LONDRES

Traducción de
José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL



PAUL MORAND



LONDRES

I

Londres fue construida por gigantes. Estos gigantes debieron tener piernas fuertes y grandes para poder realizar un camino entre los meandros cenagosos del Támesis, y unas cabezas que alcanzaran tanta altura como para dominar los bosques en toda su extensión. De estos titanes legendarios no quedan más que Gog y Magog: son los padrinos de la ciudad y se alojan en el Guildhall (Ayuntamiento); salen en las procesiones; sus caras de madera no manifiestan ni sorpresa ni satisfacción cuando los sacan a pasear sobre carros, pero sus grandes ojos miran con avidez las piernas de las mecanógrafas, que se contonean en las ventanas de la City. Estos héroes populares, una vez que toman el aire, regresan al Guildhall, donde se pasan el resto del año. Podemos suponer que son parientes de los del continente, en los tiempos prehistóricos, cuando estas islas estaban soldadas a la tierra firme europea,

de las que no se separaron sino tardíamente, como con sentimiento. Y el Támesis, afluente prehistórico del Rin, se conmueve, hoy como siempre, con las vicisitudes del gran río germánico.

Desde las alturas de ciertas colinas, los restos de las fortalezas neolíticas dominan los pantanos. La más elevada debió de ser construida entre los helechos, sobre el emplazamiento actual de la catedral de San Pablo, en el corazón de Londres; el sinuoso Támesis cavó a su alrededor una fosa natural. Hasta perderse de vista, inundada en la niebla, se extiende una tierra llana, una tierra palúdica, que actualmente se llama Southwark.

En celta *lon* quiere decir «fortaleza» y *Lon-don* o *Llyn-dun*, significa «fortaleza en la ciénaga». Así, Londres ha nacido del agua, como Lutecia (París) ha nacido del barro. Ha proliferado poco a poco desde el nivel del río, a tientas, ganando trozo a trozo una tierra de la que brota el agua, a algunos pies de profundidad, no mezclada con la arcilla sino con la greda, que sin la sal del mar se pudriría. Londres permanecerá siempre como una ciudad sin cuevas.

El Londres histórico, es decir, el de los romanos, pues si hubo algún otro pueblo, no ha dejado restos de su existencia, nace en el lugar en el que cesa la greda azul y comienza la arena en ambas orillas; allí se pudo construir un puente, en el punto extremo del agua salitrosa, donde las mareas permiten navegar a

los navíos. Los ingleses deben su capital a un latino. Ellos no le muestran gran pleitesía, aunque se llame Julio César. El conquistador desembarcó el año 55 a. C. en la costa meridional y trazó las primeras rutas romanas por el actual condado de Kent, hasta alcanzar el Támesis, que no abandonó sin establecer previamente una guarnición. El emperador Claudio le siguió, casi un siglo después, esta vez con cuarenta mil hombres. Después, Londres ya podía mostrar su pedigrí, pues en el 62 d. C. Tácito la menciona por primera vez como Londinium.

Pero las tribus celtas no dejan dormir al emperador. La reina bretona Boadicea (cuya estatua se erige al comienzo de uno de los puentes, el de Westminster, que cruza el río; la de Julio César se levanta delante de un resto de la muralla romana), que Roma ha hecho azotar, se rebela y con la ayuda de sus soldados tatuados quema este primer Londres. Los romanos, tenaces, reconstruyen la ciudad, la cercan con un gran muro rojo y tienden un puente sobre el río. Limpian de maleza los alrededores, reducen las marismas con desagües y esta vez construyen un campo fortificado más al este vigilado con grandes torres: una terrible obra de albañilería formada por veinticinco grandes edificios independientes. Londres adquiere el aspecto de una verdadera ciudad, con su basílica, sus termas, un foro, calzadas de ladrillo, pavimentos de mosaicos, convirtiéndose en un importante centro comercial, punto de paso

entre el norte, el camino que desciende desde las tierras salvajes de Escocia, y los puertos del sur, con destino a Europa. Londres, «uno de los graneros de Roma», merece el título de *angusta*, concedido a las ciudades que aportan dinero a la ciudad madre.

Así, desde su nacimiento, Londres es un centro comercial y se lo debe exclusivamente a los romanos. Los pueblos sometidos del lugar no tuvieron nunca cualidades comerciales. Nuestros antepasados galos fueron sus mejores clientes (como lo son aún hoy día), comprándoles por intermedio de los romanos metales, lana y maderas a cambio de armas de Soissons, de tejidos de Cahors y vino de Aquitania.

Pero el Imperio, amenazado en todas sus fronteras, abandona sus posesiones más lejanas. Abandonada por sus dueños, que le insuflaban vida, la ciudad se torna a su lento hibernar y el Támesis se pierde entre las tinieblas bárbaras. La Historia, durante dos siglos, no lo menciona más que una vez. Londres, sajón, se hace cristiana; el rey Etelberto se convierte, se casa con una princesa franca y llama a san Agustín. Construye la primera catedral, San Pablo y, en plena campiña, la abadía de Westminster.

Afortunadamente, para este Londres de tierra adentro que ignora las artes del mar, nuevos conquistadores la despiertan de su sueño. Los vikingos, reyes del mar, desembarcan en el estuario del Támesis; estamos en el siglo noveno. Estos piratas

daneses hacen de Londres el centro comercial más importante del norte.

Llegamos al año mil y entran en acción los normandos y con ellos la última invasión sufrida por esta isla, tantas veces invadida por gentes de fuera.

Hermanos de los vikingos daneses de Inglaterra, estos terribles salteadores escandinavos, que masacraron París sobre el Campo de Marte, llegaron más calmados. Establecidos al norte de Vexin, casados con mujeres del país (la madre de Guillermo el Conquistador era hija de un tintorero de Falaise), apartados del mar y sus aventuras, se habían transformado en agricultores, en buenos cristianos, y en las amplias praderas de Caux se dedicaban y dominaban la cría y el comercio de caballos. Su prestigio era grande en toda Europa. Aventureros feudales, habían marchado hasta Levante y peleando con el emperador bizantino Alexis, fundaron el reino normando de Sicilia, ocuparon Albania, Malta y la costa de África, por lo que el papa buscó su alianza.

Muy pronto pusieron sus ojos sobre Inglaterra, con lo que la suerte de ésta quedó echada. La influencia normanda aumentó cada vez más: normandos son los jefes de la flota sajona; forman parte de la guarnición de Canterbury; un hijo de Etelredo II, Eduardo el Confesor, se educa en Jumièges y vuelve con funcionarios normandos. En el 1051 Guillermo el Normando se dirige a Inglaterra para visitar a su

primo Haroldo el Sajón. El duque de Normandía, Guillermo, era un personaje más importante que el rey de Francia, de quien era vasallo, o el rey de Inglaterra; su séquito romanizado era imponente, revestidos con armaduras bizantinas, no hablan más que francés o latín.

Poco después, la aparición de un cometa lanza sobre Inglaterra una sombra siniestra que aterroriza a los sajones y aún brilla en los tapices de Bayeux. Casi sin esperanzas se atrincheran en Hasting para resistir el asalto de la caballería normanda. Londres abre sus puertas a Guillermo el Conquistador, que duerme aquella primera noche en una barbacana romana, que bautizó como torre Blanca y sería el origen de la torre de Londres. Sus caballeros se reparten el país, dejando a la iglesia católica, que les había ayudado, las riberas de Surrey y de Middlesex, y que con el transcurso de los siglos van a habitar hermanos grises, clarisas, agustinos, franciscanos, dominicos, carmelitas y templarios. Rouen obtiene el monopolio del comercio franco-inglés y Guillermo instala en la ciudad inglesa a sus judíos de Rouen.

De la dominación romana a la dominación normanda. Se diría que no hay solución de continuidad, pues los nuevos dueños aplican a su conquista los métodos del Imperio, aprendidos en Palermo. El derecho consuetudinario de Rouen fija la jurisprudencia. Funcionarios por naturaleza, fijan el catastro,

censan la población y creen necesario, como buenos alumnos de los latinos que gobernaron el país, llevar un registro de los intercambios inmobiliarios. De hecho, y desde el principio, la insurrección se extiende. La pesada población sajona, tragona y bárbara, está unida feudalmente a la gleba y es vendida con la tierra. Pero quedan hombres libres, pequeños nobles o villanos independientes que viven fuera de las ciudades y permanecen *out-laws*, retirados en las profundidades de los bosques, que han abandonado Londres a los clérigos y a los extranjeros. Éstos son los que conservan las tradiciones autóctonas y son ellos los que regresan cuando los caballeros normandos, habiendo perdido contacto con Francia, se unen a los sajones y, poco a poco, toman partido contra el rey. Sólo los clérigos, encerrados celosamente en sus privilegios, permanecen fieles a la gran doctrina romana de la fidelidad al Estado. Es contra el rey donde se concentran los odios del pueblo, las visiones místicas de Pedro el Labrador y las burlas de Chaucer. Sin embargo, a estos monjes papistas se les ve por todas partes: por la ciudad eterna gastándose el buen dinero inglés, como monjes sacados de los *Cuentos de Canterbury*; se les divisa también por las rutas romanas del sur, Old Kent Road, cantando canciones infantiles mientras su suciedad disgusta a las monjas sobre sus mulas, a los caballeros con sus lebreros y halcones, a la pequeña nobleza campesina, a los hombres de armas y a los hombres de

leyes, en sus literas o pesados vagones sajones. De esta forma irá aumentando, de Chaucer a Enrique VIII, el antipapismo inglés.

Mientras que en Francia los comunes se unen al rey, expresión del Estado, apoyándose en él contra los señores feudales, en Inglaterra se alían con los señores feudales contra el rey. Esta lucha del individuo contra el Estado constituye toda la historia de Inglaterra, de su Parlamento, de su liberalismo, y es también toda la historia de Londres.

«Todo contrato —dice Ortega y Gasset— es un acto de desconfianza.» La City siempre desconfía de su rey, «muy temible señor». De los primeros días de la conquista es este viejo pergamino, tan emotivo, que aún se conserva:

Guillermo el rey saluda a su amigo, el obispo Guillermo, bailío de Godfrith, y a todos los burgueses de Londres, franceses e ingleses. Declaro que estáis bajo la protección de las leyes, como en los tiempos del rey Eduardo. Acuerdo que cada niño tenga derecho a la herencia de su padre, cuando aquel muera, y no permitiré que alguien os haga algún entuerto. Que Dios os guarde.

G. N.

Cuando en 1215, los barones obtuvieron la Carta Magna, un párrafo especial consagrará los derechos